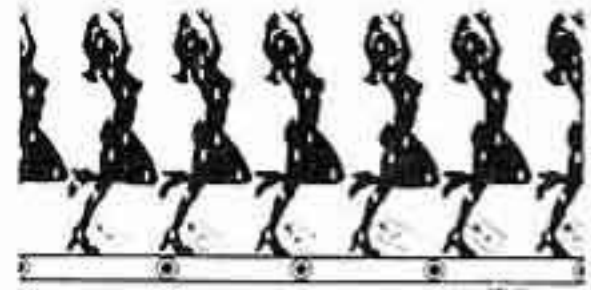


15 de MARIO DE 1976

*por Mario Mayen*



Esta cara no es mía, me la prestaron. Quizá fue aquel ropavejero, que cuando yo era niño, rondaba mis sueños. Ridículos, poco decentes me parecían sus modales. Así era él. Jugaba a comprar cañas en las farmacias.

Nada era acertado. Los dedos de los regentes lo señalaban; en su inocente confusión alzaba las manos, las represalias no se hicieron esperar.

Ocho años vivió en presión.

Sus ojos y sus manos eran como el ámbar y, no podía ser así, deberían tener el color del fuego, el filo de las espadas de Ivan-Hoe.

El jitomate era verde, lo pensaban rojo. ¿Mudaría entonces su piel?. Tenía el derecho de hacerlo, y lo hizo. Aprendió a romper los sueños de tres niños que se decían sus hijos; y a convertir en dados, dos senos que deseaban curar sus grietas.

El ropavejero ha ocupado la silla que lleva mi nombre. No se si sigue él en ella, si por fin se mece tranquila, o si quien habla no es mi lengua sino la suya, o la del chicle expelido al viento.



a MARCELO LECHUGA

“No puede fallar, uno más uno son dos, dos más dos cuatro. . . sentimiento más sentimiento. . .”

Como en todas las historias existía un ambiente y sus personajes, pero no llegaron a tiempo; parece que sus padres no les dieron permiso. Tan sólo una roca quedó en el paisaje. Más bien, pegada a la tierra; dicen que fué un maleficio: Erase una vez una. . . pero no, para la ciencia los imposibles son un mito. Entonces el osado profesor llegó hasta la roca, o viceversa. La palanca se reía maliciosamente de la roca, cambiaría su curso. Llorando llamó a la polea, ésta a la dinamita y la última a la resignación. Un viento repentino arrastró a un despistado, se hallaba confundido y desconsolado, no había nadie. La roca, sí, la roca estaba en sus manos, no, no se agachó, fue un suspiro. Sí, ya pueden decirle a KEPLER, a NEWTON, a EINSTEIN que fue un. Un suspiro es. . . ¿qué importa? El fué.

